

El porcentaje del aumento anual de la producción de nuestra industria socialista y del conjunto de nuestra industria—declaró Stalin al Congreso Pan Soviético, en el mismo Informe cuyos aspectos sombríos ya hemos transcrito—supera el aumento de la producción de cualquier país capitalista.

Y añade, acompañándose siempre de cifras oficiales: Por la intensidad de su desarrollo, nuestra industria en general y nuestra industria socialista en particular rebasan el desarrollo de la industria de los países capitalistas (1).

¿Es esto fracasar? Y si confesamos que hay una base de triunfo, confirmada por la realidad de doce años de gobierno en línea ascendente, a pesar del daño, a pesar de las injusticias y de los crímenes que pudieron cometerse, de las violencias inútiles y de todos los errores difíciles de evitar en una dictadura de revolución social en crisis de guerra civil, ¿no hemos de reconocer que los hombres que han conseguido triunfar en tales circunstancias, y sostenerse en el poder y crear tales realidades, son hombres superiores?

Mas, para que la crítica sea justa y menos incompleto el retrato, debemos reconocer en Stalin, como su mayor defecto, un espíritu apasionado y rencoroso. Su actitud para con Trotsky, vencido y en exilio, aparece desprovista de generosidad y resulta absurdo en hombres de tan grandes y relevantes calidades el empeño con que se esfuerzan en disminuir la figura épica de Trotzki, negándole servicios, restándole méritos, discutiéndole valores que están incorporados ya a la historia y consagrados por ella. Pequeñeces de los grandes hombres. . .

Que después de Lenin Trotzki es, sin discusión, la segunda figura del primer período de la Revolución Rusa, como Stalin es la figura primordial del segundo período.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

<https://doi.org/10.29393/At55-13CPMV10013>

El conferenciante, personaje de esta hora

EN esta hora de resurgimiento espiritual—¡que ojal se prolongue!—, en que nuestro pequeño mundo artístico pasa por lo que yo he llamado «era de las disertaciones literarias», conviene, sin duda, decir algo acerca del arte de la conferencia, que en otros países existe y se cultiva con verdadera delectación: en Francia, por ejemplo.

Es un arte difícil.

André Rousseaux, joven crítico francés, colaborador habi-

(1) Stalin. Obra citada

tual de *Candide* y de *La Revue Universelle* y autor de *La política religiosa de los reyes de Francia*, libro bello y hondo, así lo define, certeramente.

Una conferencia no es el texto que lee o improvisa un señor sentado detrás de una mesa, frente a un vaso de agua. Una conferencia no es un monólogo, sino un diálogo. Y si nos equivocamos sobre esto, ello se debe a que uno de los actores del diálogo—el público—es un personaje mudo. Pero su papel tiene casi tanta importancia como el del orador. Para hacer una buena conferencia, es preciso un buen conferenciante y un buen público. Se requiere, además, que la palabra del orador atraviese las luces del proscenio, y también que la inteligencia del auditorio responda al conferenciante y vaya a agitar con vibrantes oleadas el tapiz verde de su mesa. Una buena conferencia es un señor que sabe decir cosas interesantes y personas que demuestran—en silencio—que las comprenden

¡Un diálogo! Esa es la palabra.

Observemos ahora lo que sucede entre nosotros. Aquí no existen ni buenos conferenciantes, ni buen público. Trataré de señalar la causa de esa doble ausencia.

Los escritores nacionales, es decir, los que son reconocidos como tales, aquellos que se preocupan de los problemas modernos de la cultura y el saber, son poco amigos de dar conferencias. Rehuyen la tribuna, sensiblemente. En cambio, una legión de dignísimos caballeros, de buena voluntad, pugnan por encontrar un tablado acogedor de sus discursos... escritos. Hay en Santiago una institución que les presta, todos los Miércoles, generosa hospitalidad. Son hombres trabajadores, esforzados, pero muy poco artistas, que siempre estudian pacientemente alguna figura histórica sin interés de actualidad. Extraen su material de las revistas extranjeras y, con cierto tino exquisito, escogen de ordinario aquellos asuntos o personajes cuyo estudio ha sido ya agotado por autores indiscutibles. Ofrecen así aceptables ensayos biográficos, pero no dibujan la síntesis de un carácter ni analizan un problema determinado.

Quiero imaginarme uno de estos oradores «malgré lui».

El caballero de buena voluntad, correctamente vestido, sube a la tribuna, muy digno, con cierto aire grave y enfático. Saluda al público con un pequeña reverencia y luego extrae de uno de sus bolsillos un voluminoso legajo de papeles. ¡El discurso escrito! Aquí empieza el drama. El público observa y, por el espesor del legajo, calcula, aproximadamente, la intensidad del aburrimiento que le espera. En esos terribles instantes en que el «orador» va desdoblado sus cuartillas, yo he

visto la auténtica expresión de la angustia pintada en muchos rostros. . .

En seguida, la lectura comienza y, creerán ustedes, el caballero de buena voluntad no sabe leer lo que él mismo ha escrito, es decir lee bastante mal. . . Durante una hora o más mantiene idéntico tono de voz, gris, opaco, y repite, hasta el cansancio, un mismo ademán. Lee y lee, apresurada o lentamente, sin detenerse, sin esas pausas que son tan necesarias como los silencios en el teatro. Entonces da la más absoluta impresión de desdén, de no importarle nada el asunto o el personaje que evoca. El conferenciante chileno es un señor que cumple una obligación que, voluntariamente, se ha impuesto. Olvidaba decirlo: hay momentos en que se detiene, venga o no al caso, cuando presiente que lo van a aplaudir. No ha penetrado bien en lo que trata, y tampoco busca la verdad psicológica de su modelo. Por eso lee sin amor y nunca consigue emocionar; en otras palabras, no transmite ningún sentimiento y desagrada. Cita hechos, cifras, lee algunos documentos; le interesa, particularmente, la exactitud histórica de sus citas, el pequeño detalle banal.

La conferencia es otra cosa. Primeramente, el conferenciante debe elegir un tema y dominarlo, dominarlo con soltura. Y al exponerlo frente a su auditorio, su mayor preocupación consistirá en animarlo, en darle movimiento, en infundirle vida. Así el diálogo, de que habla Rousseaux, se establece naturalmente.

En una buena conferencia, al conjuro de la palabra emotiva y calurosa del orador hay momentos en que las almas quedan como en suspenso, son los instantes de esa conjunción suprema de los ritmos misteriosos que atraen y unen los corazones. Todo se esfuma y desaparece en la sala, sólo vibra la voz del conferenciante que da su emoción e impone su verdad.

El público chileno no se ha educado aún para estas verdaderas «fiestas del espíritu». Porque, sin duda, cuando el tema nos coge, salimos de la sala como impregnados de su esencia. Es el poder del arte, que despierta sensaciones desconocidas y nos liberta de las preocupaciones cotidianas. Soñamos y sufrimos, a un mismo tiempo. Porque si nuestra sensibilidad se deleita con la riqueza del estilo, siguiendo el maravilloso juego de las imágenes, ronda libre y armoniosa; nuestra inteligencia, mejor dicho, nuestra ambición humana, y bien humana, siente el espolique de los ejemplos incitadores, que abundan en la vida de los grandes hombres.

No es común que semejantes reacciones se produzcan en el

público de nuestras conferencias. Así se explica que muchas personas abandonen la sala antes que la disertación termine. Desde la tribuna, el caballero de buena voluntad presencia el desbande de su auditorio. . .

Desquite silencioso, pero elocuente, del público.—M A N U E L V E G A. ✓

Las biografías noveladas

LAS biografías han asumido, últimamente, un carácter importantísimo en todas las literaturas. Desde Italia, donde Prezzolini ha estudiado de un modo fulgurante a Maquiavelo, hasta Inglaterra, donde Harold Lamb, John Drinkwater y Lytton Strachey se especializan en el género, se nota un deseo de renovar las viejas y fatigosas maneras enfocar a los hombres primordiales.

Cabría observar que este rebrote de «vidas noveladas» es un síntoma quizá de la decadencia de la historia. El hecho de que eso sea exacto en las literaturas greco latinas no significa su absoluta integridad, pero tiene aspectos que invitan a la meditación. Plutarco surge cuando no hay a la vista ningún Tucídides. Viendo cómo nacen las biografías noveladas, podría también pensarse en la manera cómo ha sido cultivada la historia desde la mitad del siglo diez y nueve hasta nuestros días.

Mientras la historia gana en precisión científica, ha perdido en otras obras en palpitación de belleza literaria. Es digno de notarse que una gran parte de los historiadores actuales no se dirigen al público: simplemente se dirigen a otros historiadores.

Aún más, muchas de las obras presentadas al público, lo son para gentes cultas, para minorías selectas e ilustradas. Eso hace que no existan para el gran público núcleos grandes de obras fáciles y comprensibles. Ni Spengler, ni Ludwig, ni Will Durant, por ejemplo, tienen la encantadora universalidad y popularismo de un Michelet, de un Lamartine, del propio Thiers. Eso no hace mejores a los últimos, pero proclama la existencia de un problema que justifica la abundancia de libros de biografías literarias, entre los cuales existen algunos sencillamente deplorables.

La prensa ha hecho en Chile suplir en los últimos años esa literatura agradable y que exaltaba grandes figuras nacionales, ese género que cultivó tan magistralmente Vicuña Mackenna y que hoy se reemplaza por ciertos cronistas de mejor voluntad que gusto artístico. En Francia, mientras tanto, junto con